

EL PUEBLO BARÍ EN BUSCA DE SU AUTOGESTIÓN LINGÜÍSTICA

Esteban Emilio Mosonyi

Resumen

No ha sido tarea fácil para los lingüistas venezolanos abordar la investigación intensiva del idioma barí, el único que pertenece a la familia chibcha en este país. Nuestros profesionales están algo más acostumbrados a las familias arawak, caribe y otras del Área Amazónica. Además, el barí tiene una reputación bien ganada de ser un sistema lingüístico complejo, especialmente por su carácter tonal y otras peculiaridades suprasegmentales. Pero debemos agregar a este panorama la actitud de la propia sociedad barí, cuyos miembros desean participar colectivamente en la investigación lingüística teniendo a los lingüistas profesionales como colaboradores. El presente artículo muestra cómo nuestro equipo antropolingüístico viene enfrentando este reto desde hace algunos años.

Palabras clave: antropolingüística, autogestión lingüística, documentación lingüística, etnociencia lingüística, investigación colectiva.

Abstract

It has not been an easy task for Venezuelan linguists to take up an intensive research of the Bari language, the only one belonging to the Chibchan family in this country. Our professionals are somewhat more accustomed to Arawak, Carib and other families of the Amazonian Area. Moreover, Bari has a well gained reputation of being a rather complex linguistic system, especially on account of its tonal character and other suprasegmental peculiarities. But we must add to this panorama the attitude of Bari society itself, whose members desire to participate collectively in linguistic research having professional linguists as collaborators. This article shows how our anthropo-linguistic team has been facing this challenge for a number of years.

Key words: anthropo-linguistics, linguistic self-management, language documentation, linguistic ethnoscience, collective research.

1. Introducción

Esta es una especie de crónica, todavía incipiente y no estructurada, de formalización aún casi inexistente, inspirada en una de mis últimas conversaciones con el gran maestro de la lingüística chibcha, el Dr. Adolfo Constenla Umaña, a quien las

Universidad Central de Venezuela

<emosonyi@gmail.com>

Recepción: 05/08/2014- Aceptación: 14/08/2014

generaciones venideras a través de las Américas tendrán que rendirle un permanente homenaje por su trabajo y grandes esfuerzos en pro de un sector importante de las lenguas originarias de nuestra Abya Yala (véase Constenla 1991).

Dado el carácter de mi escrito –emprendido incluso en momentos de un activismo estresante que me deja poca oportunidad para la reflexión tranquila, serena y ajustada a principios lógicos–, no voy a mencionar siquiera la fecha en que ocurrió ese feliz encuentro. Solo diré que fue en la ciudad de Caracas, donde él dictaba a la sazón unas conferencias hace pocos años. Se trataba de una experiencia académica de carácter y sentido fraternal, donde deliberamos sobre el presente y futuro de los idiomas amerindios, especialmente con miras a su preservación y fortalecimiento.

Él compartía conmigo y con muchos colegas la preocupación por el porvenir de nuestro patrimonio lingüístico originario, de cuya causa él fue militante como nadie, además de trabajador incansable en el sentido más estrictamente profesional, pero siempre comprometido con los pueblos y comunidades a cuya lengua –y cultura en un sentido más lato– dedicaba sus talentos.

Recuerdo que en la conversación aludida hablábamos de las lenguas chibchas de Costa Rica, lamentando profundamente la reciente desaparición de la lengua boruca, al menos en el sentido de su caída en desuso por la muerte de su último hablante fluido. Porque uno de los temas fundamentales de las jornadas a que me refiero versaba sobre la revitalización lingüística, difícil pero cada vez más reconocida como posible. El Dr. Constenla dijo, entre otras cosas, que también el boruca era susceptible de un programa de esa naturaleza, a través de la riqueza de los datos lingüísticos existentes –gramáticas, diccionarios, textos, en su mayor parte obras de él mismo– enseñándoles el uso activo del idioma a los miembros no hablantes de la etnia, ya que existían varios semi-hablantes, otros conocedores de la cultura boruca y portadores/as de esa identidad, además de una voluntad colectiva nada despreciable.

Estoy cotejando esta situación tan especial de interacción con el colega y compañero que ya se nos ha ido con un trabajo muy concreto de planificación antropolingüística que vengo realizando –lamentablemente con pausas y sin prisa– para el idioma barí de la Sierra de Perijá, la única lengua chibcha verdaderamente afincada en territorio venezolano –el tunebo nunca llegó a echar raíces entre nosotros–.

No obstante, también el barí, al igual que el vecino yukpa de la familia caribe, es compartido por la República de Colombia, mucho más rica por razones comprensibles en lenguas de la familia chibcha, también muy extendidas en el ámbito centroamericano. Por causas no siempre pertinentes a la índole de este pequeño trabajo –falta de tiempo y de financiamiento, así como trabas burocráticas–, he tomado la decisión de compartir con los colegas y otros interesados, especialmente aquellos procedentes de comunidades indígenas o pertenecientes a las mismas, este resumen hasta ahora desagregado de mis experiencias, en forma de una breve crónica, a la espera de la pronta

posibilidad de ofrecer sobre este tema unos aportes más técnicos, más vinculados a la estructura idiomática de la compleja lengua barí, junto con textos de diversa índole provenientes de su muy viva oralidad.

En este punto debo enfatizar que ha sido la aspiración de este heroico pueblo originario a cierta autonomía en el manejo de su legado lingüístico –propensión no inexistente pero bastante más tenue en el caso de muchos otros pueblos– el hecho que precipitó mi empeño, pienso que justificado, de redactar estas páginas, con miras al refuerzo de la propia experiencia barí, pero pensando también en otros pueblos autóctonos que atraviesan a veces por situaciones muy similares, jamás idénticas. Lo cierto es que hace como cinco años los maestros, dirigentes y trabajadores culturales de esta etnia bien organizada decidieron tomar en sus manos el problema del futuro de su lengua.

Dentro de la obligada informalidad de este ensayo, trataré en lo sucesivo de establecer un orden algo más riguroso en lo referente al desarrollo de los acontecimientos y en los hechos palpables, tal como han venido sucediendo. La complejidad tan especial del idioma barí –ninguna lengua es realmente fácil cuando se la aborda con seriedad–, que tanto difiere, por lo demás, de otros idiomas indígenas de Venezuela, fue un factor que ha dificultado en gran medida la aparición de estudios sistemáticos de aceptable calidad. Además, mucho de lo ya existente era inasequible a las comunidades hablantes, tanto por lo problemático de su localización como por el empleo de un lenguaje técnico relativamente sofisticado, aunque entre los hombres y mujeres barí no faltan personas con preparación y grado universitarios: incluso cuentan con una buena lingüista salida de sus filas, Nubia Korombara, autora de trabajos de interés considerable (véase Korombara 1995).

Quien escribe estas líneas siempre se ha caracterizado por el pleno reconocimiento, si bien siempre crítico, del trabajo ajeno, lo que se suma al hecho de que cada contribución, por modesta que parezca y más allá de sus inevitables errores, significa un paso adelante en el conocimiento cada vez más sistematizado de un idioma. Junto a los textos y breves vocabularios (De Villamañán 1975; Añandón 1998, 2009) –algunos realizados por hablantes nativos–, contamos también con un buen esfuerzo, llevado a cabo en territorio colombiano, de la autoría de María Cristina Mogollón Pérez, dedicada principalmente a la presentación y esbozo fonológico del barí (Mogollón 2000).

Sin embargo, y sin una gota de mezquindad, lo actualmente disponible sobre este idioma dista mucho de servir de base para un intento de gramática referencial estandarizada, y menos aún para contar con los textos mínimos necesarios como insumo a la Educación Intercultural Bilingüe. Tampoco disponemos de un diccionario pedagógico capaz de poner un poco de orden lexicológico en el reconocimiento social y uso literario de un idioma, que, si bien carece de una gran diferenciación dialectal interna, tiene, no obstante, su buen número de topoclectos caracterizados por discrepancias fonológicas y morfosintácticas, entre otras.

2. La lengua barí y los investigadores externos a la comunidad

Antes de avanzar en el conocimiento de los hechos que más nos interesan, tendré que detenerme un momento en algunos problemas teórico-metodológicos –para decirlo de alguna manera– en una acepción un tanto laxa. Ya aludimos a que entre los propios lingüistas venezolanos, o entre quienes trabajan en Venezuela, ha despertado cierta reticencia el grado de distanciamiento genético y tipológico que media entre el barí y las otras lenguas mayoritariamente pertenecientes a las familias arawak y caribe, las que más abundan en Venezuela.

Otro impedimento, si es que puede llamarse así, es la fonología tonal del idioma, bastante complicada por cierto. Podemos afirmar que hasta hoy el barí es percibido como un sistema lingüístico de difícil abordaje, lo cual no es desmentido por los hechos. Entonces, una lengua vista como algo muy atípico, especie de injerto chibcha en un ambiente de orientación más bien pre-amazónica y amazónica, también constituye una particularidad en algún modo responsable por el marginamiento de que ha sido objeto en nuestro país, sin que haya sido para nada un caso excepcional o único.

Pero, sin duda, también por parte del pueblo barí –protagonista de esta lucha según nuestra interpretación– ha habido algunas actitudes algo enfrentadas con lo que se considera la investigación lingüística tradicional. De ninguna manera se trata de una resistencia obtusa al investigador “foráneo” *per se*, consecuencia tal vez –en el caso de otros pueblos– de ser percibido el indígena como simple objeto de estudio: el investigador externo viene, hace sus estudios y se va; posteriormente presenta sus resultados, saca su doctorado, quizás publica su obra, donde inclusive sus mejores colaboradores indígenas son exhibidos como simples “informantes”, acaso como “informante principal”. Todo el mérito recae sobre el investigador universitario, que actúa solo o en equipo, con sus asistentes y sus pares. Pero en el caso del pueblo barí no ocurren tales resentimientos ni el problema es de esta naturaleza.

También es importante referirnos a los lingüistas-misioneros religiosos, generalmente “evangélicos” adscritos a las llamadas “Nuevas Tribus” o al Instituto Lingüístico de Verano, cuya principal preocupación viene a ser la rápida y radical evangelización fuertemente etnocida, por su alto grado de fanatismo. Sin negar la pericia lingüística de algunos misioneros y misioneras –que indudablemente han contribuido al mejor conocimiento de estas lenguas–, el precio que ha tenido que pagar el mundo indígena ha sido demasiado elevado en materia de una deculturación fulminante, dependencia de gente extraña representativa de intereses foráneos, sumisión a un capitalismo consumista para el cual ni siquiera cuentan con los recursos monetarios necesarios.

La suspicacia del barí hacia el investigador “profesional” de su lengua y cultura es más bien de otra naturaleza. Además, su postura no es alejar al investigador –lo

que conduciría simplemente a un considerable retraso en el conocimiento de sí mismos como portadores de una importante herencia lingüístico-cultural— sino compartir con él o ella como aliados, en términos más fraternales, colaborando y trabajando juntos, con pleno reconocimiento de la sabiduría indígena y de la misma “etnociencia lingüística”, verdaderamente necesarias para la complementación, en condiciones de igualdad, con la labor del lingüista de formación universitaria siempre eurocéntrica, sea este extranjero, criollo o incluso indígena barí.

Es esta una aspiración todavía reciente en el mundo indígena y aún no muy bien comprendida por el mundo académico, con grandes excepciones como nuestro difunto amigo Constenla. No obstante, veamos tan solo —generalizando un poco— una especie de radiografía del lingüista “occidental” de orientación “avanzada” —más allá del clásico recolector de datos—, quien suele profesar la avanzada doctrina de la llamada “documentación lingüística”. No cabe duda de que, si este realiza una buena labor profesional, contribuye no solo al mundo científico sino a la propia comunidad hablante con una excelente información sobre el idioma nativo; pero aun así nos parece conveniente dedicarle una crítica constructiva a dicha orientación académica.

3. El pueblo barí y los lingüistas en la actualidad

Hoy día se habla cada día más de la conformación de una “lingüística de documentación”, que pretende complementar y compensar la labor de otros colegas sobrepasando algunas de sus evidentes limitaciones. Puede inclusive lograrlo, pero con todo y eso puede entrar en cierta contradicción, no antagónica ni insuperable, con las más sentidas reivindicaciones de un pueblo tan consciente y organizado como el barí.

Recordemos tan solo que los barí pasaron a inicios del siglo XX por un sangriento período genocida por obra de los sicarios y otros agentes de las compañías petroleras y mineras, además de los nuevos migrantes y hacendados criollos colombo-venezolanos. De hecho, entre todos ellos se han ido apropiando del 90% del territorio barí ancestral y le han hecho a este pueblo daños irreparables, expresados y materializados en asesinatos, despojos y humillaciones, que no podemos detallar en este momento pero suficientemente documentados por la literatura antropológica.

Uno de los máximos intérpretes de dichas atrocidades, nuestro amigo personal el difunto antropólogo francés Robert Jaulin, autor de la famosa obra *La Paix Blanche* (La Paz Blanca), moldea su aporte teórico precisamente en la destrucción de la cultura barí tradicional, al inventar e introducir en el uso común el tan expresivo término de “etnocidio”. Esta palabra no solo recorrió el mundo entero sino que también —lo que es más significativo— dio origen a una tremenda reacción internacional, la cual motivó, por ejemplo, las tres reuniones de Barbados, a las que tuvimos el honor de asistir y uno de cuyos productos fue la archifamosa “Declaración” que lleva el mismo nombre.

En todo caso, el mundo barí se fue abriendo poco a poco al mundo exterior –es decir, Venezuela y Colombia– hacia mediados del siglo XX solamente, si bien sus contactos iniciales con los mal llamados “blancos” se remontan mucho más atrás, incluso al siglo XVI, pero con la característica de ser intermitentes e interrumpidos por largos periodos de total aislamiento, en defensa de sus vidas y la integridad de su cultura. Sin extendernos por ahora en una gran cantidad de pormenores de difícil evaluación etnohistórica, queremos dejar sentado aquí que fue gracias a hombres como el capuchino Fray Adolfo de Villamañán y el antropólogo venezolano Roberto Lizarralde –cuya labor es continuada por su hijo Alberto Lizarralde – como pudo finalmente superarse el trauma de ese nuevo “encuentro”, que sin gente como ellos pudo haber tenido un fin más trágico.

Más allá de cualquier expectativa, los barí demostraron ser un pueblo dueño de una capacidad de adaptación y flexibilidad maravillosas. Estas cualidades no tan solo les permitieron sobrevivir dignamente en las situaciones más adversas y amenazantes, sino que lograron instaurar un nuevo aunque muy imperfecto equilibrio interétnico, que seguramente va para largo conociendo el carácter identitario de esta etnia. Contrariamente a sus vecinos, los yukpa, indígenas caribes actualmente perseguidos, atormentados y asesinados por invasores y ocupantes muy diversos y hasta ahogados en sus propias contradicciones, los barí han mantenido su integridad –aun su sentido de humor como es propio del pueblo de la “sonrisa eterna” – y cohesión tanto comunal como étnica. Se han reorganizado sobre una base unitaria, abrieron el diálogo con el gobierno y la sociedad envolvente, pero alcanzando un grado de autonomía de gestión e interculturalidad admirables, pese a tener sus problemas con los hacendados y otros enemigos y falsos amigos variopintos.

Volvamos la mirada, ahora, a esta rama nueva de la lingüística –en principio muy necesaria–: la llamada “Lingüística de Documentación”. Es obvio que las lenguas tienen que documentarse y, mientras mejor se logre esa tarea, más se cumplirá ese noble propósito. En honor a la verdad, los lingüistas que se ocupan de la documentación ofrecen mayoritariamente –de muy buena fe– su profesionalismo y su trabajo a las comunidades que quieran o necesiten reforzar o incluso recuperar su lengua. Pero no deja de haber un desencuentro entre los objetivos del lingüista y los de la comunidad, por lo menos en muchos casos conocidos y fáciles de comprobar. La documentación, si permanece como tal, corre el riesgo de convertirse en una especie de conservación “in vitro”, una tarea más bien clásicamente museística, en el sentido de preservar algo fuera de su contexto, como ocurre casi invariablemente con un cuadro pictórico o una estatua.

A la comunidad no le duele que se le documente el idioma y que su existencia se haga conocida y visibilizada para toda la humanidad. Por el contrario, tal hecho le puede producir beneficios tanto directos como indirectos. Mas el objetivo actualmente perseguido por una etnia indígena bien organizada es labrarse un futuro, perpetuando a

la vez su idioma y su acervo cultural, sin necesidad de quedarse detenida en el tiempo. Se trata de afincarse primero en el pasado histórico para incorporarlo plenamente al presente, y con miras de perfilarse un porvenir idóneo, lleno de esperanzas y creativo, sin arrancarse las raíces. Hasta ahora, la documentación *per se* no contempla eso, sino algo mucho menos ambicioso.

Otro problema es que, en su equipamiento teórico-metodológico actual, el lingüista seguirá siendo el lingüista universitario profesional y los hablantes continúan funcionando como objetos de investigación más o menos pasivos, según una división del trabajo que no le agrada a una comunidad con autoestima, a una sociedad que se respete y se haga respetar. Así, mediante el procedimiento aquí descrito, la etnociencia lingüística queda casi totalmente excluida: por ejemplo, los factores subyacentes a la gran facilidad de los indígenas –al menos en su mayoría– para aprender otras lenguas, hasta el punto de que cualquier miembro de una etnia –al cabo de dos años de aprendizaje– puede emular fácilmente al hablante nativo medio de la lengua oficial aprendida, en su vocabulario básico, sus patrones gramaticales y sobre todo en su pronunciación y entonación casi sin acento extranjero.

Solo contados occidentales y criollos occidentalizados son capaces de tamaña hazaña. Al contrario, los propios lingüistas se resisten, son incapaces de adquirir los rudimentos coloquiales de algún idioma autóctono, y hasta inventan diversos subterfugios para justificar su postura negadora. Nosotros, en cambio, decimos, con todo el peso de nuestra experiencia como investigadores, que parece imposible acercarse a las entrañas más profundas y ocultas de una lengua determinada si no se hace al menos un serio esfuerzo por tratar de hablarlo y entenderlo progresivamente, teniendo como meta su adquisición.

No vale para excusa la persistencia del aprendiz en cometer errores que no desea trasladar a su trabajo. Cualquier lingüista tiene normalmente suficientes colaboradores nativos, para no tener que fiarse excesiva ni exclusivamente de sus propios datos. Este tema es demasiado fascinante para no tratarlo en forma más extensa, pero no es el momento para ello y nos toca ya trasladarnos a otras esferas argumentativas.

Ahí está también la cuestión de los llamados “corpus” o “córpora”: los “cuerpos” de datos. No habría inconvenientes si se recogiesen numerosos corpus de textos coloquiales míticos o cualesquiera otros, entre tantas tareas por cumplir. Pero el problema reside en que la obtención de uno o varios “córpora” parece ser el objetivo fundamental, a veces terminal, de los trabajos hechos sobre el terreno –“sur le terrain”–, el cual se define también en una forma bastante mecánica. La comunidad, empero, insiste correctamente en la necesidad de estudiar la lengua como patrimonio vivo, un ente comunicador permanente, un valor superior que no se agota en sí mismo sino que construye otros valores de suma trascendencia.

Nuestro propio trabajo también nos enseña, y sigue dándonos grandes sorpresas de que, aun a pesar de no disponer la mayoría de los indígenas, en ningún idioma, de

un vocabulario lingüístico especializado, nadie puede competir con el hablante nativo inteligente e interesado en su idioma a la hora de estudiar e investigar detalladamente las minucias más difíciles de captar, a veces francamente ocultas, de una lengua determinada. Ello es válido tanto en el plano fonológico, como en morfosintaxis y lo léxico-semántico, para no hablar de los dominios todavía más complejos –si en ese terreno caben comparaciones– de lo pragmático, lo estilístico, lo discursivo, lo literario oral y escrito, sin haber agotado toda la infinitud del lenguaje humano.

Las comunidades indígenas en general y los barí en particular no rechazan la alianza con los lingüistas; incluso la piden y la necesitan en un número creciente de situaciones. Pero su aspiración es que el equipo de lingüistas aliados trabaje en unión y consonancia con la comunidad; que aprecie en su debida magnitud la jerarquía de lo que viene llamándose “etnociencia lingüística”; que la participación de la comunidad, especialmente de los ancianos y ancianas, sea la mayor y más permanente posible. Y ante todo, que ningún extraño ponga en tela de juicio –como casi siempre lo hacen– la viabilidad futura de algún idioma originario, independientemente del número de habitantes y hablantes, así como de su situación actual a menudo bastante comprometida. Los indígenas necesitan profesionales colaboradores para su causa, no sepultureros de sus saberes.

4. Recuento de experiencias de colaboración entre el pueblo barí y los lingüistas

Vamos a resumir ahora la gestación y el estado actual de nuestro propio trabajo antropolingüístico con la etnia barí. No es intención mía inculcar la idea de presentar un modelo de gestión que haya que imitar o algo parecido. Es tan solo el resultado parcial de un proceder que actúa sobre una realidad tomando en cuenta algunos de los principios aquí esbozados, con el fin de contribuir al afianzamiento del idioma barí, esgrimiendo como norte un número indefinido de situaciones similares que habrá que atender en el futuro, dado el número elevado de pueblos y comunidades originarias que necesiten de esta clase de apoyo.

Ya nos hemos referido a una serie de características que individualizan el caso barí: Una comunidad altamente organizada, que hace la petición de reclamar la apoyatura de un equipo de lingüistas para planificar lo mejor posible su propio idioma. Es también un pueblo que mantiene religiosamente el uso intra e interfamiliar de su lengua, dentro de sus viviendas, en la calle y a través de las distintas generaciones: Los niños y las niñas hablan la lengua sin limitación alguna, ya que no existe una imposición prematura del castellano ni presión institucional o de otra naturaleza para un bilingüismo sustitutivo, a pesar de la escuela, hasta hoy solo parcialmente intercultural (Proeib-Andes 1997).

El pueblo barí está claro en su decisión tomada y diariamente refrendada de seguir manteniendo su identidad, su cultura y muy especialmente su irremplazable

idioma. Pero, en una situación de contacto permanente con la sociedad envolvente que ya aparentemente se quiere intercultural, no aculturativa, ellos no se conforman con una suerte de resistencia cultural pasiva. Aspiran a ser mucho más proactivos y lo están logrando. Hace aproximadamente cinco años –sin contar otros antecedentes– están protagonizando una lucha por fortalecer al máximo su idioma y su patrimonio oral, siguiendo en esto nuestras pautas constitucionales de 1999 y toda una tradición legislativa, desde que se fundó o refundó la República Bolivariana de Venezuela.

Los que nos ocupamos –desde hace decenios y en forma solidaria– de las distintas facetas de la realidad y la problemática indígenas que hoy por hoy prevalecen en el país sabemos de sobra que solo una pequeña parte de esa normativa se cumple en el mejor sentido de la palabra. Sin duda alguna, la primera responsabilidad de tanta demora le compete al gobierno venezolano, mas también es cierto que la dirigencia indígena y hasta las comunidades como tales han contribuido a dicha inercia inexcusable de manera importante.

Ahora bien, los barí han caído en ese defecto menos que nadie. Ellos están entre los pueblos originarios que mejor han aprovechado tales espacios con todas las oportunidades que estos les brindan. Podemos decir que una vez rescatados –con su propio esfuerzo y la ayuda de valiosos aliados– del cuasi-genocidio terminal al que hicimos referencia, han llegado a recuperar la autoestima en grado notable desplegando esfuerzos dignos de elogio en pos de una interculturalidad creativa, que puede servir de ejemplo a muchos otros pueblos indígenas.

En lo tocante a la lengua, una iniciativa particularmente interesante desde nuestro punto de vista fue la serie de contactos que los barí han establecido con nosotros, un equipo de antropolingüística por más señas, coordinado por mi persona. Sería demasiado largo retomar paso por paso esta rica experiencia, por lo que nos vemos limitados a dar a conocer lo esencial. Las actividades provenientes de esta decisión de la comunidad tienen su máxima expresión en una serie de visitas programadas, tanto de nosotros a las comunidades como de algunos de sus miembros a las instituciones capitalinas que tienen la obligación de coordinar las políticas indígenas.

En estas reuniones hemos iniciado una especie de estudio colectivo y detallado de este idioma. Ante todo procedimos a examinar y reexaminar algunos –los más conocidos– de los vocabularios existentes, con atención especial a sus aciertos y errores. También nos ocupamos de los libros de alfabetización y los de enseñanza básica, todos ellos meritorios pero insatisfactorios, no solo en opinión nuestra sino de los propios dolientes. Aunque algunas publicaciones se acercaban al inventario real de fonemas vocálicos y consonánticos –al fin y al cabo no tan complicados, comparativamente–, eran mucho más vacilantes y se aproximaban solo insuficientemente al complejísimo mundo suprasegmental del vocalismo barí: tono, acento y longitud vocálica, muy pertinentes los tres.

En este sentido, recordamos con mucha emoción y satisfacción por la labor realizada –todavía lejos de estar concluida– la gran cantidad de intervenciones a veces polémicas de los hablantes nativos de todas las edades, aunque los más escuchados eran siempre los ancianos. En ese particular coinciden de manera asombrosa todas las comunidades indígenas con las que hemos trabajado. Estas visitas y contactos sucesivos nos fueron llevando a nuestro primer objetivo, el cual fue establecer con mucha mayor exactitud la fonología del idioma, con miras a estandarizar progresivamente el alfabeto y con ello facilitar la escritura en grado creciente.

Tropezamos con ciertas sorpresas que en este momento solo tangencialmente queremos mencionar. Comprobamos con numerosos ejemplos la simultánea pertinencia fonológica del tono, de la intensidad acentual y de la cantidad vocálica, lo que contradice palmariamente cierto dogmatismo todavía muy prevalente en materia de una supuesta “economía fonológica” muy martiniana, por la cantidad de fenómenos fonéticos distintivos con muy poco o ningún rendimiento fonológico que hay en el barí.

Para no demorarnos demasiado en este punto, todavía bajo estudio, podemos adelantar que el barí posee un fonema “rr” –vibrante múltiple– de muy bajo rendimiento, que en la percepción de todos nosotros se articula con mucha fuerza y una cantidad de vibraciones verdaderamente descomunal, posiblemente inexistente en otros idiomas. Otro detalle que nos llama la atención es la existencia al menos de un caso de vocal extralarga que parece irreductible al estatus de una vocal larga estándar, de la cual sí hay muchísimos ejemplos: [sàaaba] (para comer), palabra pronunciada con la “a” extra-larga y con tono descendente. Hasta ahora no hemos encontrado ningún caso similar, pero esto no le resta a su irreductibilidad.

Estamos dispuestos a continuar este trabajo colectivo de codificación y estandarización del idioma barí hasta que sea necesario o se entregue a otros investigadores, aunque sería contraproducente esperar resultados definitivos antes de proceder a la edición de numerosos materiales de lectura y otros textos que las comunidades necesitan con urgencia. Es preferible que los barí escriban con errores, antes que caigan en la inacción total. Considero que, a pesar de algunas dificultades aún no resueltas, los resultados en fonología pueden calificarse de buenos y bastante avanzados. Lo trataremos de probar prontamente en un artículo dedicado específicamente a tal fin.

En morfosintaxis el avance ha sido mucho más lento. Hicimos un primer análisis de aproximadamente cien oraciones representativas, lo que nos llevó a establecer un resumen tipológico de la estructura morfosintáctica del barí. Sus características más resaltantes parecen ser las siguientes:

- a) Es un idioma no-ergativo de sujeto-objeto-verbo (SOV), pero en el que se observa poca rigidez en la colocación de estos y otros componentes oracionales.
- b) La posesión se indica colocando al poseedor delante del objeto poseído, marcada explícitamente por un morfema específico sufijado al poseedor.

c) El adjetivo o atributo puede preceder o seguir al sustantivo. Hasta ahora manejamos la hipótesis de que la primera opción antecede históricamente a la segunda. Pero también sucede que las construcciones algo más complejas –por ejemplo la relativización– van después del sustantivo o sintagma nominal.

d) La subordinación antecede normalmente a la oración principal. Pero muchas veces es remplazada por la simple yuxtaposición.

e) En las oraciones predicativas nominales más simples la cópula no es necesaria. Sin embargo, el idioma dispone de muy variados recursos copulativos.

f) El idioma barí es altamente verbocéntrico. Hay multitud de categorías verbales tanto aditivas como flexionadas. Paralelamente, los pronombres y morfemas pronominales son muy numerosos, además de impredecibles a partir de los pronombres personales independientes.

Hay que dedicarles también más atención a los diferentes topolectos del barí, que para nada obstaculizan la intercomprensión y de los cuales todos sus hablantes son conscientes. Por estas y similares razones, el equipo antropolingüístico –con las comunidades incluidas– está en vísperas de constituir una cátedra universitaria colectiva del idioma barí.

Ya estamos elaborando materiales para el estudio más exhaustivo posible de la morfología verbal, con su gran riqueza de prefijos y sufijos. La descripción idónea de las formas verbales pronominalizadas con sujeto y objeto luce especialmente exigente, mas también fundamental. Disponemos de un primer informe de actividades, a partir del cual el lector interesado se percatará del progreso real que está logrando nuestra iniciativa colectiva. Finalmente, incluyo la transcripción de los primeros párrafos de un relato mítico que versa sobre los orígenes de la creación de este mundo por el Dios supremo *Sabahsêeba*. Lo hacemos con la intención de transparentar la complejidad fonológica del idioma barí. El alfabeto utilizado, aun siendo de alcance práctico, se aproxima al Alfabeto Fonético Internacional IPA.

5. Un texto barí

SHUUKSHÃ`Ã, BOORÒU
LA MARIMONDA Y EL ARAGUATO

Íbaëdarin sahdóoyuhun, ikbêe aarirêe,
Sabahsèebahũ, nankahdùu buksarâk, barii
Okbiâa, Atàida, Abiòobain, Asaashii. Ahshâa.
Oraawã`iãnain, barii sóaikaëro, yeeraróo
ihtaanòobibain, ahshaaráahã, bokyiibioo ráahãã,
ããtobikániimain.

Contaban los ancianos que hace mucho pero mucho tiempo, Sabaseba, el creador, cortó varias piñas y de ellas salieron los primeros barí.

Desde ese momento, los barí vivían en una inmensa montaña y en las tierras bajas alrededor de un gran lago. (Texto inédito barí-español procedente de la literatura oral barí, versionado por Adrián Acadaya y María Virginia Akirounda)

6. Conclusiones

Dado que el idioma barí no dispone de estudios previos amplios ni confiables, nuestra tarea está lejos de ser fácil, sin dejar de ser factible. En este sentido, tenemos el orgullo –algo que hasta ahora pocas veces se ha hecho– de contar durante las distintas etapas del estudio no solo con el conocimiento práctico de los colaboradores nativos sino también con su extraordinaria capacidad teórica y metodológica. Todo ese potencial durante siglos era totalmente ignorado, hasta el punto de que el/la lingüista profesional –hispanohablante o extranjero– ocupaba el estatus de un ente solitario, un ser superior capaz de plantear, estudiar y resolver todos los problemas con la mera ayuda de los llamados “informantes subalternos”, quienes en realidad son los únicos conocedores de su propio idioma. Estamos, entonces, inmersos en un proceso que exigirá un trabajo continuo pero supervisado, suficientes recursos institucionales y, ante todo, un ambiente de mística y comprensión del significado de nuestros valores patrimoniales, y que actúe de manera irreversible, sin los altibajos que han predominado hasta hoy. Debemos confiar en que se cumplirá nuestro propósito.

Bibliografía

- Acadaya, Adrián y María Virginia Akirounda. *Shuukshã`ã, booròu. La marimonda y el araguato* Texto inédito barí-español procedente de la literatura oral barí, a ser procesado por la colección Warairarepano de la editorial Monte Ávila en Caracas, Venezuela.
- Añandón, Javier, Compilador. 1998. *Relatos de la selva resplandeciente*. Maracaibo: Secretaría de Cultura.
- Añandón, Nieves Z. 2009. *Kamarikaëba barí aaha. Aprendamos el idioma barí*. Caracas: EEDUPEL.
- Constenla Umaña, Adolfo. 1991. *Las lenguas del Área Intermedia*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- De Villamañán, Adolfo. 1975. *Vocabulario barí comparado*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Korombara, Nubia C. 1995. *Saaiimayí iibaëëdariin, los ancianos cuentan*. Maracaibo: Gobernación del Estado Zulia.
- Mogollón Pérez, María Cristina. 2000. “Fonología de la lengua barí”. En: *Lenguas indígenas de Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Proeib-Andes. 1997. *Las lenguas indígenas dentro y fuera de la escuela*. Cochabamba: II Congreso Latinoamericano de Educación Intercultural Bilingüe.